

Eduardo Juárez Garduño  
profesor de la carrera de  
Diseño de la Comunicación  
Gráfica

# Mórbido

*Estoy buscando una escafandra  
al pie del mar de los delirios,  
¿quién fuera Jacques Cousteau?  
¿Quién fuera Nemo el capitán?  
¿Quién fuera el batiscafo de tu abismo?...*  
Silvio Rodríguez

**C**on 27 años, un cuerpo que no pasaba desapercibido y un *master* en estudios afroamericanos de la UCLA, Marielle vivía sola en una amplia y acogedora casa, cerca de las montañas al norte de Los Ángeles, la cual pagaría durante los próximos 20 años..

Conocía a muchos hombres, de modo que advertía cantidad de sus reacciones y presumía de poder distinguirlos tanto por sus olores, la marca de los autos o el tamaño de sus genitales, como por las opiniones que vertían cuando ella intentaba tomar la iniciativa..

Curiosamente para una rubia de buen perfil, tenía una predilección por los latinos. A pesar de haber vivido una multiplicidad de experiencias, esperaba el momento de tener una relación más estable, aunque sus amigas se esforzaran por proponerle candidatos.

Entre el calor del verano de aquellos días y la contaminación de Los Ángeles, esperaba que algo la sorprendiera y rompiera la monotonía.

La noticia llegó como un regalo en el día de su cumpleaños, debía viajar a Puerto Vallarta, pues había sido contratada para una estancia en un curso para gringos radicados en México.

Casi había olvidado que cierta tarde mientras acompañaba a Virginia a presentar una solicitud de empleo, había llenado una casi por inercia.

A la escuela a donde llegó no sólo asistían sus paisanos, sino los hijos de la mejor clase del puerto, aunque todavía eran más pedantes, pues se sentían turistas en su tierra. Miss Mercy la recibió y mientras le enseñaba las instalaciones, le explicó el funcionamiento del plantel.

Las dos primeras semanas mientras Marielle se aclimatava y avanzaba en su cátedra se dio tiempo para aprender a bucear y a capotear a uno que otro galán que no lograba ir más allá de alguna charla de café, la pista de baile o tres margaritas.

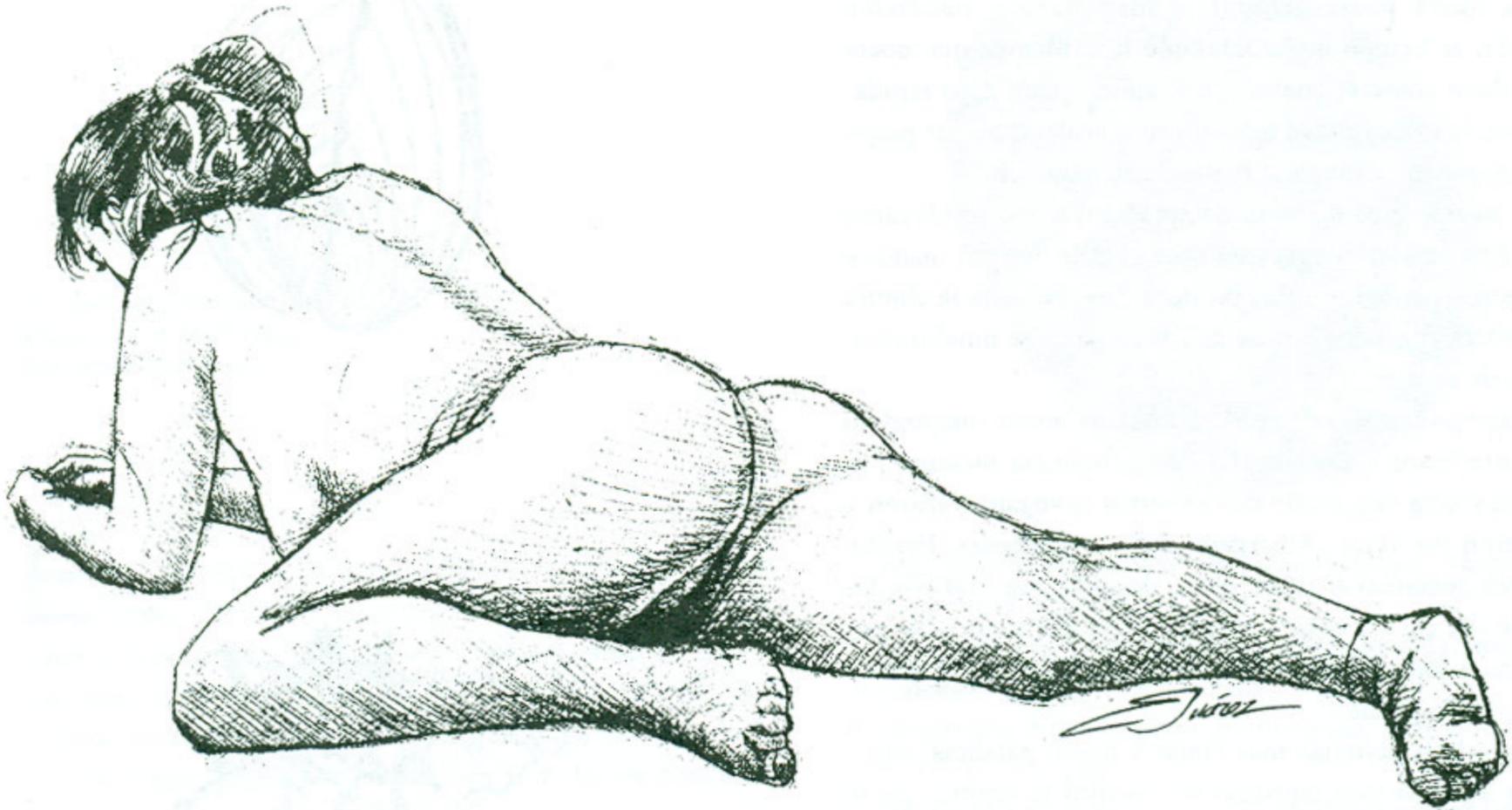
Ya adaptada y ligeramente bronceada por las jornadas a las que se entregaba por las tardes, observó en uno de los jar-



dines, a un costado de su apartamento, a un joven jardinero que batallaba con la podadora, estuvo atenta por unos instantes y recordó que ya lo conocía, ya que él solía observarla mientras daba su clase.

El mozo de piel morena y cabello negro hasta los hombros, cortaba absorto el rosal cuando Marielle le salió al paso y le pidió una flor, Braulio quedó sobresaltado al descubrir la desnudez que una delgadísima blusa traslucía, pero manejó la situación lo mejor que pudo, y frugal le ofreció tres de las mejores flores de esa tarde.

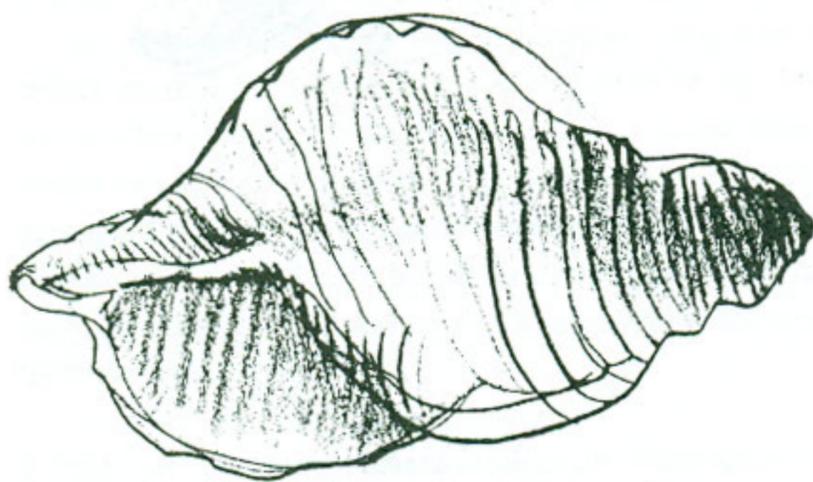
Esa noche, Marielle esparció los pétalos sobre la tina y mientras se bañaba, al aspirar con fruición los vapores, los aromas de las rosas fueron entremezclándose con los del jardinero; entonces sintió cómo la mano de Braulio enjabonaba todo su cuerpo, palmo a palmo, hasta meterse en la entrepierna, una ráfaga de espasmos fueron escalando las alturas de su noche hasta proporcionarle un largo y excitante goce.



Desde entonces, en medio de la rutina del colegio y evitando tener testigos, los encuentros se hicieron constantes y aunque Marielle acostumbraba otros interlocutores, las pláticas de Braulio le parecían bastante interesantes.

Oriundo de Guanajuato, con la secundaria terminada y tres semestres en la preparatoria, Braulio llevaba como año y medio conociendo las playas de la costa del Pacífico y aunque sabía la distancia que existía entre él y la gringuita decidió, no sin fantasear, que debía pasársela bien sin pensar demasiado en lo que sucedería después.

Las dos veces que intentaron verse fuera del colegio se frustraron, una porque Marielle no pudo evitar ir acompañada por el grupo de maestros a la boda de una de las supervisoras, y la otra por una reunión de trabajo que no pudo cancelar.



Al cumplir un mes en México, se organizó en el salón principal una velada para celebrar al grupo de recién llegados. Durante la cena un joven maestro de Pennsylvania llamado Nelson, además de bailar sólo con ella y adularla al afirmar que su español era tan perfecto como su inglés, intentó varias veces besarla y llevarla a la cama, pero Marielle, quien estaba acostumbrada a las distancias cortas lo despidió a tiempo.

Ya en su alcoba, mientras se llenaba la tina, abrió la ventana y buscó en todas direcciones sin encontrar lo que quería. Se metió en la tina y sus ojos se cerraron por un largo rato, tratando de enfocar al que se había convertido en el más inquietante de sus deseos.

Luego de unos instantes se metió en una especie de ensoñación que puso más calor al agua, unas pisadas la sobresaltaron, pero se tranquilizó al descubrir la silueta de Braulio tras el opaco cristal de la puerta; entrecerró los ojos y por el rabillo del ojo miró a un Braulio atrevido, atisbando las planicies de su cuerpo desnudo.

De pronto salió con desenfado de la tina, regalándole un cuadro de su admirable trasero, entonces sintió la respiración de Braulio y su espalda se erizó, luego se volvió hacia él, quien esa noche aprendería, entre otras cosas, que a veces nos esperan sin haber sido invitados.

Braulio intentó decir algo, pero Marielle se lo impidió con sus húmedos labios; estaba decidida a hablarle en el idioma de los tactos: lo tomó de los hombros con las dos manos, deslizándose con suavidad hasta la largueza de sus dedos, pasó la lengua entre los dedos de las manos, provocando que un rosario de perlas se escurriera por el prominente pecho hacia su vientre.

Una ligera pausa permitió a Marielle una inhalación profunda, al tiempo que contempló la brillantez que boceaba la luna sobre el cuerpo de Braulio, quien paso rápidamente de la incredulidad a la sorpresa acelerando sus palpitations que lo llevaban al borde de su pantalón.

Sus negros ojos miraban complacidos cómo se elevaron los pechos de Marielle, la tomó por el talle con sus manos e hizo puentes entre los duros pezones, navegó entre la cintura y las caderas hasta las costas de sus nalgas y se hundió en el abismo de su mar.

El tiempo transcurría entre la húmeda noche, mojándolo todo entre besos y caricias, con suma agilidad hicieron nudos, una y otra vez; como dos expertos navegantes izaron y recogieron las velas. Albergado entre sus piernas, Braulio acometió generoso al ritmo justo, dejando que Marielle tomara de vez en vez el timón y condujera hasta sus islas más húmedas a todo galope, a fin de consumir hasta el último instante de la noche.

Luego hubo caricias más lentas y pocas palabras, como cuando Marielle con lágrimas en los ojos le repitió: ¡es lo mejor, es lo mejor!, él la abrazó y la besó apasionadamente antes de salir.

Antes del amanecer Braulio logró salir a hurtadillas, pero fue sorprendido por la administradora, ésta dio parte a la dirección y se hizo un escándalo por el que fue despedido. Pronto se colocó como mozo en un barco que una semana después partiría hacia España, y aunque intentó ver a Marielle antes de irse, le resultó imposible, ya que el capitán, previendo el mal tiempo, precipitó la salida.

Marielle ni se inmutó a pesar de los rumores que corrían entre las aulas y los pasillos, en un principio creyó que pasando el temporal, Braulio volvería a acercarse, pero al pasar los días y darse cuenta de que eso no sucedería, consideró que tal vez no valió la pena entusiasmarse; después pensaría que fue lo mejor. Para ella aquel encuentro se convirtió en una presencia inquietante que la alimentó en ciertas noches como una especie de fantasma que blandía obscenamente su longitud frente a su cama.

Braulio pasó aquel viaje mirando al horizonte como queriendo encontrarse con la imagen de cada gemido y cada gesto; trató de registrar esos recuerdos deseando que nada se escapara de esos gratos momentos que nunca pudo olvidar. Dicha experiencia habría terminado con un afable Braulio para virar su destino y descubrirle mejores tiempos por venir.

